

MEMORIAS DE CÁCERES

DIEGO ANTONIO ANGÚNDEZ CALVO

November 21, 2009

Sé que te impacienta llegar a tu destino
Tú que te imaginas encumbrada a música
Convertidas tus lágrimas en soplos de luz
Para las noches en vela y la bruma del campo.
Tú que vendrás señalada por la retama y la jara
Casi sabrás ya que ese lejano resplandor
Del que algunos días decido hablarte
Árbol dé cables en pleno verano seco
Fue la casa de tu padre, hoy ciudad entera de amor
Que te espera en su dominio plantado en la nada.
Correrás a su encuentro de camino a la tarde
Por pasos enjutos y romos encinares
Tierras sin principio ni fin ni quien las narre
Salvo tú que por entonces abrirás los ojos
Efímera y silenciosa lucidez de la medianoche
Como si todas las cosas estuvieran quietas.
Estos son los lugares que te aguardan siempre,
los escudos y las torres, las cigüeñas y las piedras.

La marca roja de una mano anónima,
Una punta de flecha, un arco egregio todavía
Cuya herradura cruzarás ya bañada de sol.
Vamos. Esa es tu historia.
Está dispuesta a aceptarte y tomarte como suya:
Te dará coordenadas desde su memoria más íntima
Eterna y elegante como la estación del año.
Instante originario sobre el que gravitará tu libertad.
(Luego de florecer, se deshará como la arena todo
Y podrás decir entonces yo por fin he nacido).

EL RICHSHAW

September 18, 2008

Babytai, 16 años

Trayecto Nizamuddin-Sadar Bazar

Me escondí junto a la estación.
Un cuarto de paredes consumidas
sábanas con agujeros de colillas
y un cuenco de agua sobre la mesa.

Afuera, el tremendo ruido.

Los trenes, la gente, el tráfico.
Alguien gemía en la habitación de al lado.
Pensé: en los hombres rudos y sus acompañantes.
Sus saris de colores chillones
y sus largos labios.
En la recepción repetían: shhh.
Y tocaban una campanilla.

Pero no preguntan a nadie.
No preguntaron mi nombre.
Ellas apretaban los labios
para llenarlos de carmín.
Y sonreían al coger el dinero.
Pensé: huir era esto.

• • •

Ahora van a casarme.

SIN NOMBRE

1.

Hay sonidos que nacen del silencio:
la temprana quietud del reloj roto
es tiempo que no pasa
la vida que se intuye cuando ceden
los labios a una córnea
una sonrisa
todo sin voz lo entiende
Mi mundo, mi cerebro enmascarado:
el espacio germinal
entre los hombres hace ruido
La calle se calla de noche
y sus rumores
si cierro la ventana, mueren
hasta el amanecer: entonces veo
tu manada de luz brotar desde la almohada.
El mundo habla.

2.

Si cuando no te escucho
imagino en tu voz mi nombre

ya no soy yo
Eres tú la que ondea
dentro del ojo
y yo me veo fuera de mí
es tu rumor quien se responde.

3.

A veces, cuando en la naturaleza
tiendo junto al río mi cuerpo,
hay sonidos tan repetidos
tan incesantes,
que el oído se apropia del rumor.
Cuando las cosas hablan
y yo estoy dentro
nada el resto escucha
pero todo está dicho.
Hoy por eso este río calla.
Por eso, enfrente tú,
cuando te hablo,
no hago más que gritar
nuestro silencio alto.

4.

Ambos somos tan otro como el otro.
Si no me hablas,
la verdad del silencio te responde.
Si tú me hablas,
yo habré previsto el alto grito.
Ambos somos tan otro como el otro.

12 abril 2002

LAS PRIMERAS LLUVIAS

Como en un pozo ciego, palmoteó Juan en la palangana. Para lavarse recién levantado, conjugó sus brazos hasta darles una posición nada temblorosa y bien firme. El espejo estaba un poco tronchado, polvoriento a causa del trajín de las máquinas y del sudor de los obreros: su cara se desfiguraba de forma diferente según el parpadeo. Había sido, pensó, un espejo hermoso, una herencia envidia de todos. Ahora, dos rajadas abiertas en la superficie deformaban la lectura de los ojos, como cortando el pasado. Juan se secó con la manga de la camisa y salió del cuarto de baño.

La luz rajaba la calle a latigazos, y en las zonas de umbría, la mala hierba, oportunista, se abría paso por los muros abandonados de las casas. Se asomó a la puerta de la calle, y se dejó caer hasta la plaza, abandonándose a la voluntad de la cuesta abajo. Podía abrir el pueblo entero a empujones. Las puertas se pudrían y la naturaleza –la maleza, los pájaros, las ratas– asediaba al cemento, irremediable. Juan, manos en los bolsillos, se deslizó despacio por las calles, firmando con los ojos cada casa abandonada. El interior estaba oscuro y se ocultaba del mundo: era desagradable la quietud, le hacía recordar, acaso, quién en el pasado la había vencido con la tarea cotidiana. Tomás deshojando ortigales, Justina amontonando habas. El pueblo había muerto, y, a lo lejos, el embalse crucificaba el valle.

Juan había bajado hasta la ribera del río, y veía el curso del agua indudable, tan seguro como un tiempo. Desde el puente, el hombre era una victoria lejana y pírrica. Para beber y regar, el pueblo debía morir. Juan cruzó el puente y buscó una sombra para sentarse en el regazo de un roquedo junto al río. Había llegado en el todoterreno, la noche anterior, desde el campamento de los obreros, sobre troncos tirados y pistas forestales, y nadie sabía nada de su marcha. Juan, sobre el roquedo, pensó mucho. En su niñez junto al río, en sus juegos placenteros. En su marcha. En que ahora, por fin, había vuelto para reconciliarse con el pueblo. Él lo abandonó, como luego hicieron todos, pero ahora, cuando realmente importaba, estaba de nuevo aquí, para acompañarlo en su muerte. En unas horas, cuando el agua cubriese la veleta de la iglesia, el pueblo no habría muerto solo. Se lo llevaría consigo.

Antes de prepararse para el fin, Juan buscó un mirador natural, un prismático verde que le permitiera saborear cada rincón perdido. Ascendió al monte del Mar, por el oeste, tan alto que de niño lo utilizaban para acercar los ataúdes al cielo durante los velatorios. Nada había cambiado. Las encinas seguían en el mismo sitio estricto, como postes de portería, y a su espalda, el perfil del pueblo alimentaba el mediodía con su molde de ingenuidad arrebatado al aire. En su pico, Juan distinguió recuerdos ocultos, anécdotas perdidas que pasarían al lugar de los pasados sin lugar posible, atados al limbo, caras quietas con erróneas carreteras a su espalda. El primer balón estaba enterrado en la trasera del ayuntamiento; el primer beso, bajo capas de sangre y experiencia. Recordaba bien ambos. Sin embargo, ahora estaba solo, y la palabra no nació para guardarla. Juan se sorprendió a sí mismo moviendo los labios, y mecánicamente se llevó la mano izquierda a la frente, para mirar en dirección este. La silueta de los muros del embalse se lanzaba de un lado a otro, prehorizontal. Juan se dispuso a bajar, la mente llena de nostalgia, y se agarró a las piedras salientes del descenso como si fueran hijos.

El agua llegaría desde el este. Calculó un par de horas, y se dispuso a recibir al agua en plena plaza. Temblaba un poco, quizá el monte del Mar no quedaría cubierto. Su casa, seguramente sí. Juan golpeó la pared del ayuntamiento, con rabia. Sólo a él se le había ocurrido ir al pueblo. Nadie más estaba allí. Los nervios crecían. ¿Dónde estaría aquel balón? La trasera del ayuntamiento estaba deteriorada, y los escombros tapaban la antigua arena de los juegos. Juan apartó parte de la basura y excavó durante un rato en el lugar posible. No encontró nada, aparte de un par de monedas y una herradura oxidada. Se sentó, sudoroso, en un banco de la plaza, e imaginó que estaba en plenas fiestas, rodeado de cucañas y de dulces típicos, un domingo soleado, primaveral, con las mangas a la altura del corazón, y Amalia, su novia de la infancia, susurrando cosas dulces en su oído mientras luchaba por no mancharse la falda entre los zapatos adultos.

Con los ojos abiertos, Juan no sentía que todo aquello pudiera haber cambiado. La cuesta abajo de la plaza ya no conducía a ningún bar, sino a un letrero desconchado y borroso que anunciaba una bebida olvidada. Juan se quedó sentado, a medio camino de la infelicidad, y esperó a la llegada del autobús, del último de todos, de ese que sólo pasa una vez y que nadie puede perder. El agua llegaría de un momento a otro, y él desaparecería con el pueblo.

Juan aguzó sus sentidos. A lo lejos le pareció oír al Ministro pronunciando el discurso convencional que inaugura los embalses, y una batería de aplausos satisfechos acompañando el avance del agua y la región. Creyó tocar la pared de su casa, suave como el pelo de un gato, y trató de beberse la mala hierba del pueblo para vestirlo de sus mejores galas, en su próximo ataúd de líquido. El pueblo era un espacio intocable: Juan sentía cierta unidad indestructible, eso no podrían quitárselo los del Ministerio. Recordó lo que había contado Mariano, el de la Burrina, cuando obtuvo audiencia para hablar con todo un secretario de Estado: le habían dicho, contó, que era necesario el desalojo por el bien del país. Mariano, claro, no le dijo que su primer balón estaba enterrado en las traseras del ayuntamiento. Es posible que no le hubieran entendido. Juan pensaba en las últimas reuniones de

los compadres en la ciudad, en las protestas frente a la Delegación del Gobierno. No habían servido para nada. El pueblo estaba solo, con él.

Hacia las afueras, había un recodo en la carretera que sería el primero en quedar inundado, por la parte de las moreras que vestían al verano. La parte más baja, con un camino de hondas hoces amigas de los escondites. Juan se sentó allí, sería la primera laguna de su memoria, y quedó acurrucado, tembloroso, frente a una vorágine de historias que pasaban por su mente huyendo del olvido. El día que cayó entre las zarzas y quedó tan aprisionado que tuvieron que llamar al alguacil para que lo libertara con unas tenazas. La angustia iba cercenando el camino. Juan se desprendió de un salto y corrió hacia el todoterreno. Dentro había dejado un par de latas de cerveza, la otra para un posible compañero sin rostro que no había aparecido. Nadie en el pasado, excepto él. Destapó una lata y se apoyó inclinado contra una pared. A lo lejos, escuchaba de cuando en cuando algún balido. Luego se apagaron. El presentimiento de la muerte, sonrió tristemente. La cerveza estaba caliente, el coche como un horno. Juan se dijo que era necesario deambular por última vez, como cuando en vacaciones tomaba la calle para ver qué había cambiado con respecto a la última visita. Se puso a caminar por las vías anchas. Había alguna viga cruzada, y muchos escombros. Se imaginó los huecos de las tejas, y la luz que debía escaparse por ahí hasta el interior de las casas. No, no estaba solo. Había en la ciudad quien recordaría, al menos durante unos años. Luego, con el sedimento de las generaciones, ¿le importaría a alguien? Y pensó en los barcos hundidos, llenos de monedas. Su balón. Juan marchaba sin rumbo, tripitiendo el paso por la misma calle. Al fin, se detuvo. Había un rumor de agua, todavía lejano. No tenía tiempo para volver al monte del Mar, pero a trompicones se alzó sobre el muro de la iglesia, y vio el agua. Habían cerrado las compuertas, en medio de aplausos y del discurso del Ministro. Ahora estarían por la degustación de platos de la tierra, o por la firma de importantes negocios y contratos para el nuevo regadío. Allá a lo lejos, de la casa Parras, en la Llanura Baja, sólo asomaba la punta del torreón que usaban como palomar. El agua tenía llave en el pueblo. Juan abrió la otra cerveza, y se sentó sobre el muro. Todavía podía irse, pero el pacto había sido sellado y él mantendría su palabra. El agua avanzaba, lenta, infalible. Llegaría al pueblo en un rato, y entonces... Todos los recuerdos, como en un saco arrojado al precipicio, bajarían de su mente hacia la boca y se unirían con el agua.

Atardecía Juan no había comido, cuando ya el sol se ocultaba entre las perlas, y de espaldas a él se reflejaba sobre la pista azulada que cubría sus ojos derrotados. La luz se apagaba a poco a poco, y Juan, poco abrigado, escuchaba gemidos de muchos animales amigos de la tierra que retrocedían con la llegada del progreso mojado. Apenas podía ver lo que le rodeaba, pero notaba goteos leves y húmedos frescores. Tenía al agua cerca, muy cerca, y quizá si alargaba la mano, sin saber a ciencia cierta cuánto, sus dedos se impregnarían de un nuevo paisaje. Juan se dispuso a todo. Saltó del muro y se encerró en la iglesia. Hacía un poco de frío, así que se hizo con una manta vieja y se acurrucó como pudo en un banco. Estaba terriblemente amodorrado y hambriento, pero apenas podía moverse.

Cerró los ojos, pero la tentación era fuerte; se asomó a un ventanuco, y, de repente, al mirar al pueblo, como faroles, en las ventanas se iluminaron cientos de rostros volcados hacia él. Sí, allí estaban ellos, los vivos y los muertos, poniendo luz en su cara, acompañándole. Juan se apartó de la ventana y se echó sobre el banco, mientras fuera los faroles llameantes iluminaban la noche, la fueron iluminando hasta que se hizo de día, grabando en cada nube, en cada desagüe, que algo de todos se perdía en el pueblo y se ganaba, puro, alzándose en el recuerdo.

Juan despertó sorprendido de despertar. Como un latigazo, el sol a través del ventanuco le atizaba en plena cara. Se incorporó con dificultad y abrió con miedo la puerta de la iglesia Miró con cuidado a su alrededor. De arriba abajo, los tejados, las paredes, las puertas, las ventanas, los cimientos... Las casas de alrededor seguían en su sitio. Y las de más allá, y el letrero desvencijado del viejo bar, y subiendo la cuesta, la plaza, y el ayuntamiento, y por detrás el balón, y bajando la trasera, el recodo de las moreras cubierto por el agua. Hasta allí había llegado, y no más. Habían errado el cálculo. Juan se lanzó al borde del lago, y comprobó que su nivel ya no subía. Habían errado el cálculo. Estaba vivo, y también el pueblo tenía una vida de dos metros. Disponía de purgatorio hasta las primeras lluvias. Juan regresó a la que había sido su casa de la infancia y se despidió de ella en silencio, jurando no revelar jamás la renovación del pacto para cumplirlo con las primeras lluvias. Agarró el todoterreno y se presentó en el campamento, una resaca flotante. Allí anunció, con el correspondiente informe, que, en contra de lo previsto, las aguas no habían cubierto el pueblo que las autoridades mandaron desalojar. Habían errado el cálculo.